

Notas bibliográficas sobre la campaña de Melilla de 1893

Antonio CARRASCO GONZÁLEZ

A. E. A.

En general, la bibliografía española contemporánea a la guerra de 1893, un tanto triunfalista, señala las claves de lo que ocurrirá en todo el primer tercio del siglo XX en el Protectorado y que, visto desde la perspectiva actual, es fácil de adivinar. Si el precedente de 1860 fue una guerra de castigo, rápida y sin necesidad de conservar territorio; ahora se presenta la dificultad de la acción en el Rif, la actitud hostil de sus habitantes a una penetración o dominación extranjera y muestra su modo de hacer la guerra, de oponerse al extraño. Una primera conclusión: Cualquier actuación posterior deberá basarse en un más amplio conocimiento del terreno y sus moradores que, hasta entonces, no se tenía. También se observa entre la opinión pública española una polémica entre los partidarios de la intervención militar —en toda la literatura sobre Marruecos hay un gran número de obras escritas por militares— y los que proponían, sin desdeñar la utilidad de la otra opción, incrementar la actividad diplomática tanto con el Sultán como con las otras potencias europeas con el fin de intentar mantener la situación del momento o, en su caso, convenir en la forma de alterarla.

De la prensa de la época se deduce un entusiasmo patriótico, creyendo ver nuevas glorias bélicas y un sistemático ataque al gobierno y, especialmente, a su ministro de la Guerra. Era exagerada aquella animación. La guerra de Melilla fue una defensa ante la agresión de los kabileños, con algunas jornadas heroicas, y con más bajas de las que una adecuada planificación y una correcta elección del material hubieran propiciado. También fue la premonición de dolorosas tragedias posteriores. Pero fue mérito de los periódicos el popularizar unas docenas de nombres españoles y marroquíes, el difundir datos sobre el país africano y descubrir su geografía, modo de vida y problemas. Pudo haber sido la ocasión de plantear una profunda reflexión nacional sobre la posible intervención en el Imperio; pero se quedó, más bien, en una ilusión de victoria guerrera. Sin entrar a anali-

zar los hechos y sus circunstancias históricas, vamos a hacer un sucinto repaso sobre la bibliografía que produjo.

Los partidarios de la vía diplomática creían necesario evitar, en la manera delo posible, el resentimiento u odio que inevitablemente traen las guerras. El ataque rifeño contra la construcción del fuerte de Sidi-Guariach, origen del conflicto, debía ser castigado por el sultán como estaba previsto en el Tratado de Wad-Ras; de esta manera, el rechazo de los moros hacia los españoles sería menor y favorecería posteriores intervenciones pacíficas. Otro problema que trataban de evitar con el uso de la diplomacia fue impedir la alteración del *status-quo* defendida por los países europeos, reacios de todo lo que ocurría en el norte de Africa. Jerónimo Becker analiza la situación estimando que la preocupación del Gobierno español era evitar una guerra similar a la de 1860 y una complicación europea latente siempre en las cuestiones marroquíes, para ello se fortalece la actuación del Ministro español en Tánger, el marqués de Potestad-Fornari, ante el Ministro de Exteriores del Sultán, Mohamed Torres, consiguiendo el apoyo europeo, y exigiendo de los marroquíes que intervinieran para hacer cesar la rebelión, que se castigase a los culpables y formular los derechos a la indemnización¹. Becker, decidido defensor de la diplomacia, explica asimismo que se enviara a Martínez Campos no como salvación militar —para eso podía haberse utilizado a cualquier otro general—, sino como negociador ante el enviado del sultán Muley Aarafa primero, y ante el propio sultán después. Así también opina el padre Castellanos: «El que fue a terminar el conflicto de Melilla con la punta de la espada, la volvió tranquilamente a su vaina, y asumió, aunque a muchos les pareció imposible, el cargo de Embajador Extraordinario cerca del Sultán de Marruecos para con él tratar de la paz definitiva. La diplomacia había triunfado en toda su línea»².

Sin embargo, desde la paz de 1860, apenas se había avanzado y las conversaciones eran largas y, muchas veces, inútiles. Los ataques a los barcos españoles se reproducían en la costa marroquí. Las concesiones arrancadas en aquel Tratado no se acababan de otorgar. Otro de los más fuertes defensores de la negociación, Francisco Merry y Colón, conde de Benomar, que fue Ministro en Tánger a partir de 1860, detalla los avances conseguidos negociando entre las dos guerras en un raro texto³. Y Rafael María de Labra incide en ello: «Yo soy de los que piensan que hicieron un verdadero servicio a nuestra Patria aquellos hombres políticos que, resistiendo el

¹ BECKER, Jerónimo: «Historia de Marruecos». 2 vol. Madrid, 1915. Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés.

² CASTELLANOS, P. Manuel: «Historia de Marruecos». 4.^a ed. 2 vol. Madrid, 1946. Ministerio e Asuntos Exteriores.

³ CONDE DE BENOMAR: «Antecedentes de la cuestión de Melilla». Texto mecanografiado de 19 folios existente en la colección García Figueras de la Biblioteca Nacional, procedente del manuscrito de la misma Biblioteca.

clamoreo e una parte de nuestra prensa periódica, impidieron la guerra de España con Marruecos por causa de la ruda acometida que las tribus del Riff dieron a Melilla en 1893. Estimé como regular salida al conflicto e entonces el Tratado de Marruecos de 5 de marzo de 1894. Pero con todo eso, no puedo excusar la evidencia de que este Tratado oculta, hasta cierto punto, el positivo incumplimiento del Convenio de España con Marruecos de 24 de agosto de 1859 y el Tratado de 26 de abril de 1860. Así que todo lo sucedido en Africa de cuatro años a esta parte (aún poniendo a un lado las constantes agresiones de los rifeños por tierra y mar, hasta el punto de recordar los buenos tiempos de la piratería berberisca en el Mediterráneo), todo lo sucedido, repito, es un fortísimo argumento a favor de la urgente necesidad de abordar, con ánimo de resolver de un modo definitivo, la seria cuestión de la posesión de los medios de influencia política, militar y económica de España en el ruinoso imperio del Mogreb»⁴. Y sobre el recurrente *status-quo* sigue diciendo: «Porque es bien sabido, de una parte, que el *status-quo* marroquí descansa en los acuerdos de la Conferencia celebrada por los representantes de Inglaterra, Francia, Italia, España, Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, los Estados Unidos, los Países Bajos, Portugal, Suecia y Marruecos en Madrid de 1880, y de la cual salió el Convenio sobre la protección debida a Marruecos, el 3 de julio de aquel mismo año, y, por el otro lado, que para nadie es ya punto de duda el peligro constante en que se hallan los presidios españoles en Africa, sin zonas de ensanche ni medios de exteriorización ni garantías, por la falta de autoridad o recursos del Sultán de Marreucos. Sobre este particular antes de ahora se ha planteado el problema del cambio de alguno de nuestros presidios (Melilla, por ejemplo) por una ampliación de la zona de Ceuta, y otros han recomendado la obtención de determinadas franquicias en el interior del Imperio, bien como compensación del incumplimiento, ya casi consentido, de buena parte del Tratado de 1860, bien como garantía contra la política de otras naciones europeas, señaladamente de Francia e Inglaterra. De suerte que también éste es un problema palpitante que entraña no escasos peligros para nuestro país».

Ya antes de producirse los sucesos de 1893, algunos autores propugnaban la solución pacífica. Así, el anónimo X***, escribía: «Procuremos ser útiles a los moros haciéndoles disfrutar de los adelantos del progreso lo mismo en el orden moral que en el material, inspirando todos nuestros actos en el espíritu de gran transigencia religiosa para no incurrir en yerros semejantes a otros muy lamentados, y aun prestando, cual conviene hacerlo, poderoso auxilio a las misiones, no perdamos nunca de vista lo que

⁴ LABRA, Rafael María de: «Las relaciones internacionales de España (Conferencia dada en el Ateneo de Madrid el 16 de febrero de 1887)». Madrid, 1899. Establecimiento Tipográfico de Alfredo Alonso, pp. 34-35.

significa dicho espíritu de transigencia»⁵. Se lamenta este autor de la falta de guarnición, medios de defensa y seguridad con que contaban Ceuta y Melilla y las posesiones del Golfo de Guinea, y que si se mantenían en nuestro poder era porque nadie quería quitárnoslas. Resumía sus pretensiones en una política de atracción, robusteciendo la autoridad con el castigo a las agresiones. Tampoco era muy partidario de la acción militar indiscriminada el teniente de Infantería Ignacio Ardanaz y Algarate quien, en un libro publicado en 1883, criticó la guerra de 1860 opinando que mejor hubiera sido comprar terrenos al Sultán y a las kabilas vecinas a las plazas españolas. Parece una excesiva ingenuidad pretender comprar la soberanía por dinero por mucho que se respeten costumbres y religión. Con esto se conseguiría influencia y se podrían obtener tropas indígenas. Todo ello pasaría por el establecimiento de un Centro especial donde acumular información, una mayor consideración administrativa a las plazas africanas y un derroche de dinero para conquistar simpatías y adhesiones y llevar a cabo las muchas obras necesarias⁶.

Sin embargo, la opción militar también tuvo grandes defensores. Recordaba García Figueras que la preocupación del Gobierno por mantener el *status-quo* chocaba con la opinión de un gran número de militares que comprenden que el problema marroquí se va a plantear rápidamente y no descartan la posibilidad de sus derivaciones bélicas. Critica García Figueras la desaparición de la Misión Militar española cerca del sultán, creada en 1892 y suprimida en 1895 en contra de la opinión generalizada y que era una fuente de información y comunicación de inestimable valía⁷. Uno de los miembros de aquella Misión fue el entonces capitán de Caballería José Álvarez Cabrera y que ya anteriormente había visitado el Imperio como Comisionado de Real Orden por el Ministerio de la Guerra. Señalaba que «nuestros esfuerzos quedarían reducidos en esta ocasión..., a facilitar mañana a nuestro Ejército el triunfo en las comarcas del Africa Septentrional en donde está llamado a combatir en el más breve plazo»⁸. Por su parte, Arroyo de Aldama ve una rémora a nuestro progreso el tener un pueblo tan atrasado e indómito que frene la expansión natural de España. El norte de Africa debería ser el destino lógico de los emigrantes que em-

⁵ X***: «Problemas a resolver. Portugal. Marruecos y Gibraltar». Madrid, 1893. Fortanet.

⁶ ARDANAZ Y ALGARATE, Ignacio: «Memoria sobre la importancia de nuestro poder militar en el Norte de Africa». Madrid, 1883. Oficina Tipográfica de la Dirección General de Infantería.

⁷ GRACIA FIGUERAS, Tomás: «La acción de España en torno al 98 (1860-1912)». 2 vol. Madrid, 1966. CSIC. IDEA.

⁸ ALVAREZ CABRERAS, José: «La guerra en Africa (Apuntes sobre el Imperio de Marruecos)». Madrid, 1893. Administración de la Biblioteca Económica de Ciencias Militares. Tomo XI. Anteriormente había publicado una edición más resumida en Toledo, 1892. J. Peláez.

barcan rumbo a América porque sería más fácil mantener las relaciones familiares y nacionales. Y señala: «¿Qué estabilidad tienen nuestras relaciones allende el Estrecho, cuando incesantemente las hordas rifeñas ni respetan nuestro pabellón más que cuando se les fuerza a respetarlo, ni reconocen nuestros derechos, asediando de continuo nuestras plazas, y hasta los buques mercantes que los temporales arrojan a sus playas están constantemente expuestos a ser acometidos por sus cárabos?»⁹.

La campaña de 1893 comienza cuando se decide la construcción del fuerte de Sidi-Guariach en el lugar donde estaba emplazada la mezquita y el cementerio del mismo nombre. Se había ido retrasando la construcción para no ofender el sentimiento del moro. Pero la reforma que López Domínguez hizo de la administración militar, otorgando más competencias al Comandante General de Melilla frente al Capitán General de Granda, hizo que el general Margallo emprendiera por su cuenta la construcción que debía garantizar la expansión de Melilla dentro de los límites reconocidos en el Tratado de Wad-Ras. Iniciar esta obra sin fuerzas de protección suficientes, basándose en una información escasa y contradictoria que hablaba de la actitud pacífica de los rifeños fue, cuanto menos, temeraria. La campaña fue caracterizada en la prensa y en los libros por la imprevisión, falta de reacción y desorganización en el auxilio. La utilización de la diplomacia no era excusa para no atender rápidamente al envío de tropas y pertrechos que evitaran más daños y muertes. Gabriel de Morales escribe que «fue la piedra de toque que puso de relieve todos los vicios de nuestra organización militar y mostró al desnudo nuestra importancia»¹⁰. Y para García Figueras «había que poner de manifiesto, no solamente los escasos o nulos resultados que, desde el punto de vista del contacto con los indígenas, habíamos obtenido desde nuestras plazas fuertes, sino también imprevisión y la impresionabilidad de la opinión y de la política española, dispuesta siempre a dar caracteres trágicos y apasionados a lo que sólo es un asunto de poca monta, sin perjuicio de que una vez embarcados en la empresa venga inmediatamente el cansancio, el desaliento o el cambio radical de opinión»¹¹.

De aquellos hechos nació un gran entusiasmo popular al creer ver en Melilla un nuevo Tetuán. El general Margallo se llevó todos los aplausos y se centraron las críticas en el Ministro de la Guerra López Domínguez, y una constante petición de que fuera enviado Martínez Campos a resolver

⁹ ARROYO DE ALDAMA, José: «España en sus guerras de Africa (Conferencia dada en el Centro del Ejército y la Armada en la noche del 20 de diciembre de 1893)». Madrid, 1897. Establecimiento Tipográfico de J. Moreno.

¹⁰ DE MORALES, Gabriel: «Datos para la historia de Melilla (1497-1907)». Melilla, 1909, pp. 322.

¹¹ GARCIA FIGUERAS, Tomás: «Marruecos. La acción de España en el Norte de Africa». Madrid, 1942. 2.^a ed. Ed. Fe.

el conflicto. Con toda la ironía de que era capaz el geógrafo Gonzalo de Reparaz, describe la comarca de Guelaya, la zona de Melilla, la historia de la ciudad y critica el emplazamiento del fuerte en una zona de gran significado religioso. Pasa después a criticar a todo el resto de los españoles por su entusiasmo irreal y las colectas que se organizaban con el fin de recaudar exiguos fondos, la exaltación de los caídos en las crónicas periodísticas, etc. «Este empacho de heroísmo no se había conocido nunca en la historia de España». De toda su crítica general sólo salva a los pocos africanistas que hace muchos años venían predicando ser peligroso e impolítico el abandono en que estaban las plazas del Rif. Finalmente, resumen las torpezas cometidas: No haber ensanchado a tiempo el campo exterior de Melilla, no hacer un puerto, comenzar tarde y mal las fortificaciones y disminuir la guarnición¹².

También se quejaba Odón de Buen de la situación de Melilla. Después de describir el Rif, observa que Melilla no tiene los medios adecuados para tomar la ofensiva en casos necesarios: Faltan alojamientos y agua, y con los fuertes exteriores apenas puede defenderse y, en el momento en que los moros adquieran cañones, el problema será aún más grave. De Buen es partidario de tomar la ofensiva y ocupar parte de Marruecos antes de que lo hagan otras potencias. También proponía complementar la acción diplomática con la toma del Gurugú, Alhucemas, la punta de Quilates, el cabo de Agua y el terreno que está frente al peñón de Vélez de la Gomera. No era partidario de emprender negociaciones diplomáticas sin antes castigar la agresión y propugnaba mantener el *status-quo* territorial, pero no el administrativo¹³.

La descripción del campo exterior de Melilla que sirvió para las operaciones militares se publicó el año 1894, con algunas consideraciones sobre el porvenir de la posesión española¹⁴. También provecha Reparaz la ocasión para hacer la descripción del Rif y Melilla, del Mediterráneo, Marruecos y sus habitantes y de la política española en el Imperio magrebí. Para volver, de nuevo, sobre la imprevisión del Gobierno y la ineptitud de López Domínguez, al que acusa de falta de conocimiento, de haber desorganizado el Ejército y de no haber adquirido los fusiles Mausser por ahorro. Y señalaba: «Aun teniendo pocas noticias de los rifeños y de su ferocidad, fanatismo (sin dejar de ser muy malos musulmanes), ardor guerrero y facilidad para reunirse en grandísimo número, debió preverse que el nue-

¹² REPARAZ RODRIGUEZ, Gonzalo de: «Los sucesos de Melilla», en Actualidades. Segundo semestre de 1893. Madrid, 1894. Imprenta de la Revista de Navegación y Comercio.

¹³ DE BUEN, Odón: «El conflicto de Melilla y la cuestión hispano-marroquí». Barcelona, 1893. Salvador Manero.

¹⁴ «Memoria descriptiva de Melilla y su campo exterior que acompaña el plano ejecutado por una comisión de oficiales de Estado Mayor, por orden del Excmo. Sr. General en Jefe del Ejército de Operaciones en Africa». Melilla, 1894. Imprenta de Campaña.

vo fuerte costaría mucha sangre, así como también que iban a romperse por largo tiempo las relaciones pacíficas con aquella gente; y si lo primero era inútil, porque pudo levantarse el fuerte en sitio no muy distante del que se determinó, lo segundo era muy dañoso para nuestra política en Marruecos, la cual, entendiéndola bien, aconseja que se siembren en las kabilas rifeñas vecinas a nuestras plazas, en vez de odio, amistades que un día podrán sernos de utilidad. El mal ha estado en que muchos han equivocado la manera de conseguirlo, creyendo ganar el camino de aquella gente feroz con humildad y buenas maneras, y permitiéndole toda clase de libertades, con lo que se ha conseguido su desprecio, porque sólo quieren y respetan al fuerte»¹⁵.

También incide Torres Campos en la imprevisión y el abandono en que se tenían las posesiones africanas. Melilla se encontraba desguarnecida, carecía de medios de resistencia y castigo a pesar de ser una plaza en constante estado de guerra, y no se procuraba una buena información. Al igual que otros autores, propugnaba aprovechar la guerra para ocupar más terreno, fundamentalmente la península de Tres Forcas, sin que esto alterara el *status-quo*. Como africanista ilustrado, no olvidaba la labor educativa compatible con la disciplina: «Dos factores son necesarios para dominar en países bárbaros: Una rectitud invariable de conducta, que de idea de superioridad moral a los indígenas y los atraiga, y alarde de poder, que obre sobre su imaginación, los intime y los subyugue. Sin el empleo de ambos nunca se obtendrá resultado favorable en aquel empeño»¹⁶.

La proximidad geográfica con la península y el desarrollo al que había llegado la prensa escrita en España, favorecieron otra de las características de esta campaña, la llegada masiva de periodistas enviados por los diarios y revistas de Madrid, Barcelona, Málaga o Sevilla. A los escritores solían acompañar dibujantes o fotógrafos que dejaron una buena muestra gráfica de los principales sucesos. A pesar de la lentitud y escasez del transporte, solían conseguir embarcación con más premura que las mismas tropas. Siempre dispuestos a contar sus dificultades laborales, es fácil hacerse una idea de los rigores de la censura que se estableció en la plaza por las autoridades militares, la manera de burlarla mediante el flete de un barco y el riguroso acceso al cable telegráfico —que les obligaba a utilizar el cable extranjero—, que mencionaban en sus crónicas. Algunos de estos pe-

¹⁵ REPARAZ, Gonzalo de: «Melilla. Peligros. Desaciertos de España. Urgente necesidad de remediarlos. Manera de hacerlo. Nociones de política hispano-marroquí». Madrid, 1893. Tip. Suc. de Rivadeneyra, p. 61.

¹⁶ TORRES CAMPOS, Rafael: «La cuestión de Melilla. Conferencia pronunciada en la Sociedad Geográfica de Madrid el día 9 de enero de 1894». Revista de Geografía Comercial. Año X. Madrid, enero-abril de 1894, n.ºs 125-128.

Esta conferencia también se publicó separadamente, con observaciones de Francisco Collo, Tip. Fortanet. Madrid, 1894.

riodistas recogieron luego sus impresiones en libros en los que narraban más resumidamente lo acontecido en aquellos tres meses. Suelen ser narraciones cronológicas, sin más crítica que la obligada al Gabinete gobernante. Son relato donde se ensalza la actitud heroica de los soldados españoles por encima de otra consideración. Pero son la primera fuente donde acudir para trazar el desarrollo de los combates y la vida cotidiana en Melilla y sus fuertes¹⁷.

Quizás destaque entre este tipo de obras la de José Boada y Romeu¹⁸, que acudió a Melilla como enviado de «La Vanguardia». Recoge Boada en el mismo libro un anterior viaje a Marruecos, una segunda parte dedicada al conflicto de Melilla y una tercera narrando la embajada de Martínez Campos a Marraquech para firmar la paz. Es, sin duda, el mejor editado por la calidad del papel, la gran cantidad de fotografías y los tipos empleados. Por lo demás, es un libro excesivamente descriptivo, sin apenas opiniones, pero muy abundante en datos, nombres y anécdotas. En el mismo diario barcelonés se publicó el día 31 de octubre un artículo firmado por José Ricard Giralt titulado «Nuestra política en Africa» echando de menos la falta de energía y aprovechamiento y poniendo de ejemplo el modelo francés. También en Barcelona se publicó el de Rafael Guerrero¹⁹, que pronto alcanzó la tercera edición. Cada uno de sus capítulos es un episodio aislado, o la glosa de un militar, o la hazaña de un soldado. No hay más sistema que la voluntad desordenada del autor. Confiesa que es la crónica resumida de las diarios de la época, aumentado con cartas y documentos que dice haber adquirido posteriormente. Si en la parte literaria agradece expresamente a Morote, Rodríguez Lázaro, Boada, Blanco y Oliver, también gran parte de los dibujos y fotografías habían sido ya publicados.

«El Porvenir» de Sevilla contaba entonces con un gran periodista que comenzaba su carrera, Francisco Hernández Mir, autor que será importantísimo en otras campañas posteriores y que se inicia aquí con un breve y ameno libro²⁰. Es la recopilación de las cartas que iba enviando al periódico mientras acompañaba al cuerpo expedicionario del general Chinchilla que salió de Sevilla, el embarque en Málaga en el «Baldomero Iglesias» y lo sucedido en Africa hasta el 19 de diciembre.

¹⁷ Un análisis más detallado de las noticias aparecidas en la prensa de la época puede verse en: RODRIGUEZ GONZALEZ Agustín R.: «El conflicto de Melilla de 1893». *Hispania*. Tomo XLIX/171. Madrid, 1989.

¹⁸ BOADA Y ROMEU, José: «Allende el estrecho: Viajes por Marruecos. La campaña de Melilla. La embajada del general Martínez Campos a Marrakex: Impresiones y recuerdos (1889-1890-1893-18934)». Barcelona, 1895. Seix editor.

¹⁹ GUERRERO, Rafael: «Crónica de la guerra del Rif». Barcelona, 1895. Ed. M. Mucci. Imprenta de T. Susany.

²⁰ HERNANDEZ MIR, Francisco: «Farrucos y gallinas. Impresiones de un viaje a Melilla». Imprenta de «El Porvenir». Sevilla, 1894.

La obra del capitán Martín²¹ reúne las cartas que fueron apareciendo durante el mes de noviembre en «La Justicia». Este sí es un libro crítico pero, a diferencia de casi todos los demás, defiende abietamente al General López Domínguez y critica a Martínez Campos de quien dice que se cree el padre, el afianzador de la Monarquía. Para Martín, Martínez Campos, junto con Gamero, pretendían crear un nuevo partido político y de ahí parte la campaña contra el Gobierno de Sagasta. También acusa a la prensa de pedir al ministro de la Guerra más de lo que era razonablemente posible en cuanto al envío de tropas y pertrechos.

Acorde con la línea católica de «El Siglo Futuro», el enviado a Melilla de este diario es el conservador Ramón García Rodrigo Necedal, quien también hará un libro con el material recogido²². En Necedal se encuentran resumidos todos los argumentos que se emplearon a la hora de escribir sobre la campaña. Los soldados son héroes abnegados; los rifeños, salvajes ultrajadores; el Gobierno apocado, frío e irresoluto; el castigo, insuficiente y el peligro persistente. La intención política de este libro es más evidente que en otros similares. Acompaña unos apéndices sobre el expediente de construcción del fuerte y las comunicaciones entre Margallo y el ministro.

«El Liberal» destacó en Melilla a varios de sus escritores. Desde Madrid acudió Angel Mínguez a quien se unió en Málaga el corresponsal del diario en aquella ciudad Antonio Rodríguez Lázaro. Además, acudió Luis Morote, que publicaba una crónica casi diaria titulada «La vida en Melilla» prestando especial atención a los acontecimientos cotidianos en la ciudad. Morote quedó sitiado, con otros periodistas, en el fuerte de Cabrerizas y esta experiencia fue relatada con detalles en uno de sus libros²³, de especial interés es la narración de la muerte de Margallo que, según el autor, no fue tan heroica y, más bien, se debió a una falta de atención en su protección cuando vigilaba la colocación de un cañón. Otra de las que iban a ser firmas habituales en «El Liberal», Rodrigo Soriano, recoge algunas impresiones de campaña aunque, más que prestar atención a los hechos de armas, lo hace a lo sucedido en las tiendas de campaña que compartió con otros corresponsales²⁴.

²¹ CAPITAN MARTIN: «Los Sucesos de Melilla». Madrid, S. A. M. Romero Impresor.

²² GARCIA-RODRIGO NOCEDAL, Ramón: «La campaña de Melilla. Relación verdadera de los sucesos ocurridos en aquella plaza con motivo de la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach, y de las causas por las que se desarrolló más rápidamente y prevaleció al fin la acción diplomática sobre la acción militar». Madrid, 1894. Imp. de Felipe González Rojas. Prólogo de Jesús Pando y Valle.

²³ MOROTE, Luis: «Sagasta. Melilla. Cuba». París, 1908. Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas. Librería de Paul Ollendorff.

²⁴ SORIANO, Rodrigo: «Moros y Cristianos. Notas de viaje (1893-1894). Melilla. Argelia. La embajada de Martínez Campos a Marruecos». 2.^a ed. Madrid, 1895. Librería de Fernando Fe.

También hace alusión a esta guerra en otra de sus obras: «¡Guerra, guerra, al infiel marroquí!». Talleres Tipográficos «El Día de Cuenca». Librería de Francisco Beltrán 1921.

Otros muchos periodistas acudieron a la guerra y, aunque sin publicar luego un libro, dejaron una importante colección de artículos de prensa. La popularidad de la campaña y de sus protagonistas y la pasión con que el pueblo español se tomó la cuestión de Melilla fue, en gran parte, consecuencia de la atención que se les dedicó desde los periódicos. El diario «El País», dirigido por Alejandro Lerroux, aprovecha la ocasión para arremeter de forma directa contra el sistema de la Restauración. El editorial del día 9 de octubre titulado «Abajo el Gobierno», dice: «Hay algo peor para los españoles que las kabilas: el Gobierno.» «El Heraldo de Madrid», claramente ministerial, recoge las opiniones de López Domínguez y busca excusas quejándose de la actitud instigadora de Inglaterra. Aunque el enviado especial es Domingo Blanco, uno de los sitiados de Cabrerizas, las informaciones principales las firman Julio Burell, José Ibáñez Marín, Salvador Cañals y Francisco Barado. Algunos de los nombres citados aparecen también como corresponsales de otras publicaciones, pero era normal escribir para más de una. Son de especial interés los artículos que desde Tánger remitía Tesifonte Gallego durante todo el mes de noviembre bajo el título común de «Tánger. La cuestión marroquí» y que, además de dar noticia de lo que circulaba en la capital diplomática del Imperio, resumía lo aparecido en los diarios marroquíes «Le Reveil du Maroc», «Al-Moghreb al aska», «El Eco Mauritano» y «El Diario de Tánger».

Entre los diarios canovistas, «La Epoca» recoge con profusión las opiniones de su jefe político. También van apareciendo artículos de análisis como los de Juan Bonelli de 8 de octubre o el de Juan Pérez de Guzmán el 25 del mismo mes. El corresponsal encargado de informar a diario es Alfredo Escobar. Y siguiendo la tónica general, aplaude el nombramiento de Martínez Campos como la mejor solución. También muy próximo a Cánovas, «El Estandarte», aprovecha para dar publicidad a sus opiniones, y es entrevistado en el número 229 del día 16 de octubre. Dice: «Responsabilidad del sultán y aún amenazarle con nuestra hostilidad si fuera preciso. Lo contrario sería declarar sagrado su territorio y considerarle a él como irresponsable.»

El diario «El Tiempo» manda a su director Guillermo Rancés a informar desde Cádiz primero, y después desde Melilla. Pone especial atención, cosa que también hacen otros periódicos, a la situación en Río de Oro, temiendo que la rebelión se traslade al Sahara. «El Día» comienza a informar el 1 de octubre con publicación de fotografías de Melilla, los fuertes y las construcciones militares. Aprovecha los despachos que para la Agencia Fabra mandaba el teniente coronel Genaro Alas. «El Imparcial» recoge las crónicas bajo «El Ataque a Melilla» que después pasará a denominar «La Campaña del Rif». Son firmadas por su director Rafael Gasset, más tarde sustituido por Manuel Alhama.

«El Globo» acompaña las noticias con un gran número de grabados. La información diaria aparece bajo el epígrafe «Lo de Melilla» y es enviada

desde la plaza por Ramón Nouvilas y A. Muñoz Pérez. Después del día 20 de noviembre lanza una hoja vespertina con las últimas noticias. También aparecen fotografías a partir de diciembre. Sostiene este periódico la teoría de que el levantamiento fue promovido por Inglaterra para desestabilizar el Imperio marroquí con el fin de ocupar Tánger. En esta línea puede leerse el artículo «Entre Scila y Caribdis» de Mario Roso de Luna, publicado el 16 de noviembre. Es constante en los diarios de la época la referencia a las pretensiones e intereses de potencias europeas, en algunos casos son señaladas como responsables indirectas de lo ocurrido, aunque parece que esto es más un deseo de encontrar culpables escondidos que una realidad. Los gobiernos extranjeros apoyaron la acción española respondiendo así a la iniciativa del «diplomático» Moret, pero condicionando el apoyo a que el castigo fuera moderado y no se quebrantase la situación establecida ni se alterasen las fronteras marroquíes, como señala Fernández Rodríguez²⁵.

«La Correspondencia de España» publica desde el 14 de octubre al 27 de diciembre una serie de diez largos artículos firmados por F. Aldodern, bajo el título genérico de «El Rif» y que constituyen una auténtica monografía sobre la costa norte de Marruecos, las plazas españolas de soberanía, y la campaña, situación y futuro de Melilla. Como curiosidad, resaltar que en plena guerra, el 12 de diciembre, sale a la calle el primer número de «El Diario de Melilla» que trata de ofrecer tranquilidad a los lectores en su editorial, al decir: «Por algo España entera, inquieta ante la invasión de los bárbaros rifeños, aplaudió sin reservas la jefatura del General Martínez Campos para obtener la debida reparación. Esta vendrá pronto, muy pronto, y tan cumplida, que ha de satisfacer los deseos de los más exigentes. Pensar otra cosa sería más que injusticia, una ofensa que por lo baja y despreciable no merece los honores de la refutación.»

Las revistas semanales también informaron profusamente sobre la campaña. Esta información iba acompañada por el excelente trabajo de los ilustradores. «La Ilustración Ibérica» publica su crónica semanal de forma anónima; otras veces aprovecha lo escrito por Morote, y añade siempre unos comentarios de Kasabal. «La Ilustración Española y Americana» publica las noticias con algunos comentarios de Gonzalo de Reparaz. En su número 42, correspondiente al 15 de noviembre de 1893, aparece un artículo titulado «La cuestión de Melilla» sin firma y con una nota asegurando que el autor quiere guardar el incógnito. El artículo comienza con una crítica a la pasión desperdada: «Fue tan viva y justa la indignación provocada por los rifeños de Melilla y el sangriento combate del 2 de octubre último, que la prensa periódica, en la inmensa mayoría de sus representantes, creyó deber excederse, así en la expresión de sus iras patrióticas contra los salvajes autores de tan injustifi-

²⁵ FERNANDEZ RODRIGUEZ, Manuel: «España y Marruecos en los primeros años de la Restauración (1875-1894)». CSIC. Centro de Estudios Históricos. Madrid, 1985.

cada ofensa, como en las censuras también contra el Gobierno y sus delegados que no la escarmentaron inmediatamente con un tan ejemplar como duro castigo. Y que la prudencia en ocasiones semejantes cede su puesto a la pasión...» «Pero la pasión conduce fácilmente a las exageraciones, y estas llevan al error y, de ahí, a la precipitación, a la temeridad y al fracaso, no pocas veces, de los pensamientos más elevados que debieran realizar la reflexión y la pericia.» Continúa pidiendo prudencia a la prensa y paciencia para la resolución del conflicto, y siempre manteniendo la paz con respecto al sultán para no agravar más la situación. Opina el autor que causas debió de haber para que la reacción contra el moro no fuera más rápida, pero sigue diciendo, la gravedad no es tanta como para no poder superarla. «La guerra ofrece siempre accidentes, no todos favorables, porque entonces no daría lugar a una lucha formal: pero hasta hacerse decisivo alguno de ellos, no hay para qué infundar recelos ni menos desconfianzas y temores sobre el éxito.» La gravedad no resulta tanto del ataque kabileño como de las posibles pretensiones ocultas de las naciones europeas, que pudieran ir contra los derechos españoles. Decide, en fin, el autor que deben limitarse los españoles al castigo y dejar para más adelante otro tipo de aventuras. Ciertos detalles del artículo hacen pensar que el autor del mismo pudiera ser Cánovas. La crónica general de esta revista la firma José Fernández Bremón y en el número 39, de 22 de octubre, aparece un estudio de Emilio Castelar sobre la incorporación de Ceuta, Melilla y Tánger a España. Rodrigo Amador de los Ríos cuenta la historia de Melilla desde el siglo XVI, en varios de los números.

«Blanco y Negro» publica notas firmadas por Luis Royo Villanova en la sección «A ocho días vista», Melitón González, José Ibáñez Marín, José Jackson, Luis Bermejo o Eduardo Sánchez de Castilla; además de un gran número de dibujos, grabados y fotografías de los hechos, cuentos y poesías. Los corresponsales en Melilla son José Arpa —como dibujante— y José García Rufino.

Hernández Villaescusa también es de los que ven intereses extranjeros en el conflicto. Se extraña de la flota reunida por Inglaterra en Tánger, y resume su opinión al decir: «Francia, pues, tiene intereses en Marruecos; mas la influencia que ejercen en el Moghreb le ha costado no pocos sacrificios, mostrándose siempre generosa; al revés de Inglaterra, quien no contenta de azuzar a los marroquíes contra Francia y contra nosotros, representando el vil papel de protectora contra la barbarie, cuando la barbarie puede secundar sus planes, está constantemente al acecho para engullirse la parte más sustanciosa del botín, sin hacer para ello el menor sacrificio, a no ser las libras esterlinas que gasta en corromper funcionarios marroquíes y los cuatro adefesios que ha regalado al Sultán en determinadas ocasiones»²⁶. Son su-

²⁶ HERNÁNDEZ VILLAESCUSA, Modesto: «La cuestión de Marruecos y el conflicto de Melilla». Barcelona, 1893. Publicaciones de la Revista Científico Militar, p. 167.

posiciones poco fundadas, e incluso recoge las noticias de «Times» o «Spectator» sobre la no contraposición de intereses británicos y españoles, siempre que se garantizase la situación actual en Tánger. Pero era un argumento que tuvo fortuna en la España de 1893. Reprocha a los partidarios del *status-quo*, la defensa que hacen de él. Y añade que, como el Rif no es de nadie, porque el sultán no ejerce su autoridad allí, debería ser ocupado.

Una obra que examina ampliamente el conflicto es la de Llanos y Alcaraz²⁷. Muy minuciosa en datos, nombres, hechos y estadísticas. Comienza describiendo los trabajos habidos en Melilla, los fuertes existentes, guarnición y ejército expedicionario, con relación nominal de todos los jefes y oficiales y mención de los civiles destacados, así como el armamento utilizado. Entusiasta con las tropas, destaca su sacrificio por encima de todo. Aunque el autor declara que el libro no es más que una colección de apuntes que servirían para una obra posterior, esa obra no llegó a escribirse; ni falta que hacía pues la documentación recopilada es suficiente. Acusa a López Domínguez de irresponsable y a Sagasta por lo pronto que se dio por satisfecho. Y saca algunas conclusiones para el futuro: «La primera posibilidad de vencer el enemigo estriba en conocerle. El Gobierno español nos ha demostrado que no conoce a los moros, ni a los rifeños, ni al sultán». También hace profusa alusión a la vida en Melilla.

Ante tantos ataques, el ministro López Domínguez tiene que defenderse, con más brillantez oratoria que calidad de argumentos, en el Congreso de los Diputados²⁸. En la primera de sus intervenciones, la de 24 de abril de 1894, contestando al señor Martín Sánchez, se defiende diciendo que nadie le había pedido tropas por no existir indicio de agitación en Melilla. Margallo, en un primer momento, sólo pide tropas para cubrir bajas. Lo sucedido en Melilla, dice, ha sucedido en todas partes: Saida, Kartoum,... Al día siguiente confiesa conocer bien Melilla por haber servido allí y habla de la dificultad de defender la plaza y de la forma irregular de hacer la guerra de los rifeños. En la sesión del 29 señala, al recordársele su frase «A Melilla o a mi casa», que no fue a ninguno de los dos sitios porque así se lo pidieron sus compañeros de Gabinete, demostrando que estaba hablando un político consumado. También hace una defensa curiosa por no haber reaccionado antes: Con su reforma, los cuerpos del Ejército se nutrían con soldados de la región, y si hubiese enviado a las tropas más próximas, to-

²⁷ LLANOS Y ALCARAZ, Adolfo: «Melilla. Historia de la campaña de Africa en 1893-1894. Relación exacta y minuciosa de los hechos de cada uno de los cuerpos del ejército expedicionario y de la guarnición de Melilla. La plaza y sus obras fortificadas. Campo español y campo rifeño. Kabilas fronterizas. Política española y política marroquí. Descripciones interesantes. Noticias inéditas». Madrid, 1894. R. Velasco editor. Cita de la p. 313.

²⁸ LOPEZ DOMINGUEZ, José: «Discursos pronunciados en el Congreso de los Diputados por el teniente General D.... con motivo de los sucesos ocurridos en Melilla». Madrid, 1894. Imprenta del Depósito de la Guerra.

das las víctimas hubieran sido andaluzas. Por último, tardó en mandar a Martínez Campos porque, con su categoría y prestigio, no era oportuno que llegara antes de que hubiera en la plaza, por lo menos, cinco mil hombres listos para el combate. Todo el mes de abril, y parte del de mayo, lo dedicó el ministro a contestar las intervenciones de otros diputados. Es necesario completar estas intervenciones con la lectura de los documentos presentados, que también fueron publicados²⁹.

La descripción de la campaña, desde el punto de vista militar, puede verse en los trabajos editados por el Servicio Histórico Militar³⁰, y en las conferencias de los comandantes profesores de la Academia General Perales Vilades y Tacoronte Aguilar³¹.

También tuvo la campaña su novela, si bien el pícaro personaje creado por Baig y Baños hace sus referencias a la guerra de la que era veterano en un discurso confuso y tropezado³².

Y dos muestras de literatura religiosa son las ofrecidas por el presbítero Juste y Albino³³ y el arzobispo Moreno Mazón³⁴.

En cuanto a las conclusiones: Para Pita Espelosin³⁵, y sólo sirvió la guerra para demostrar que no teníamos Ejército ni elementos para intentar nada en Africa, ni siquiera para sostener nuestros derechos históricos en el Imperio. Para Servando Marengo no merecía la pena conservar la plaza sabiendo que las agresiones iban a reproducirse periódicamente. Melilla no era útil ni para la defensa ni para el ataque, sin provecho en tiempo de guerra y onerosa e inútil en tiempo de paz. Opta claramente por el abandono

²⁹ «Documentos presentados a las Cortes en la Legislatura de 1894 por el Ministro de Estado. Negociaciones Diplomáticas sobre los sucesos de Melilla». Madrid, 1894. El Progreso Editorial.

³⁰ Estado Mayor Central del Ejército. Servicio Histórico Militar: «Historia de las Campañas de Marruecos». Tomo I. Madrid, 1947.

³¹ Academia General Militar. «Historia Militar. Apuntes. Campañas en Marruecos (1859-1927)». Ponentes Antonio Perales Vilaudés y Eduardo Tacoronte Aguilar. Corrigió: José Artero Soteras.

³² BAIG BAÑOS, Aurelio: «Antonio Real y Real. Media Peseta. Héroe fabuloso de la guerra de Melilla de 1893». Madrid, 1918. Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús.

³³ JUSTE Y GARCIA, Albinio: «Oración fúnebre que en las solemnes exequias celebradas por la asamblea española de la Cruz Roja, en honor de los soldados españoles muertos en los combates de Melilla, en Africa, en 1893, pronunció el 28 de noviembre de 1894 en presbítero D. ..., en la iglesia de San Sebastián de esta Corte». Madrid, 1894. Imprenta y Litografía de Ricardo González.

³⁴ MORENO MAZÓN, José, Arzobispo de Granada: «Exhortación pastoral que con motivo de los sucesos de Melilla y la salida de tropas de la guarnición de Granada para aquella plaza dirige a sus diocesanos el Dr. D. ...». Granada, 1893. Imp. del Sucesor de Jerónimo Alonso.

³⁵ PITA ESPELOSIN, Federico: «La acción militar y política de España en Africa a través de los tiempos». Madrid, 1915. Establecimiento Tipográfico e Juan Pérez Torres. Publicaciones de la Revista Técnica de Infantería y Caballería.

y la renuncia a ensueños de expansión. Y propone, aunque no lo cree posible por el despecho que produciría la propuesta en el sultán, el cambio de Melilla y los peñones por Tánger³⁶.

Tal vez, a cien años de distancia, aquellos sucesos, primeros de toda la acción bélica que traería el Protectorado, pudieron servir de más provecho si se hubiesen estudiado y analizado con detalle. En la campaña de 1909, los soldados españoles seguían yendo al combate con la misma ignorancia sobre el enemigo y cayendo en los mismos fallos ya descritos. La resolución adoptada por el ministerio Sagasta de mantener la intervención armada dentro de los límites reconocidos en el Tratado de Wad-Ras, y actuar principalmente en la vía diplomática, fue un acierto. Lo contrario hubiese precipitado una reacción de acontecimientos de difícil salida, teniendo en cuenta el escaso grado de instrucción y la falta de medios materiales que demostró nuestro Ejército. Las críticas de López Domínguez demuestran que se estaba juzgando al militar cuando, errores aparte, que fueron muchos, el que obraba era el político, a pesar de la opinión contraria de Jerónimo Becker cuando decía: «El señor Moret, desde el primer momento, estimó que el problema se limitaba a exigir al Sultán el cumplimiento de los Tratados; pero el general López Domínguez creyó encontrarse frente a un problema esencialmente militar, y la consecuencia de esta diversidad de juicio fue que no se siguiera ni uno ni otro camino»³⁷. Después de todo, algo consiguieron los kabileños: La mezquita se reconstruyó en el mismo lugar y los límites de Melilla sufrieron una quiebra para dejarla en zona neutral.

Introducción

Durante los últimos años ha surgido un interés creciente, tanto en ámbitos económicos como sociales y políticos, por el estudio de la aparición e intenso desarrollo de Organizaciones No lucrativas, Organizaciones Privadas de Voluntariado, Fundaciones Filantrópicas, etc.

Y es que no sólo son interesantes desde un punto de vista cuantitativo, en cuanto al número de organizaciones de este tipo que operan en la sociedad y a la repercusión económica que esto trae consigo, sino que también han introducido novedosos enfoques en técnicas de gestión que son «exportables» a cualquier tipo de institución (Drucker, 1990).

¿Por qué surgen estas organizaciones? ¿Cuáles son las razones del emprendedor que decide acometer la puesta en marcha de una empresa de re-

³⁶ MARENCO, Servando: «Una solución a los conflictos de Melilla». Madrid, 1894. Imprenta del Cuerpo de Artillería. Publicaciones de los Estudios Militares.

³⁷ BECKER, Jerónimo: «España y Marruecos. Sus relaciones diplomáticas durante el siglo XIX». Madrid, 1903. Tipolitográfica Raoul Péant.

